

Los silencios que se llenan de palabras

Benito Garrido González

Nunca aprecié el valor que tienen las palabras hasta que leí mi primer libro. No recuerdo el título, ni aún la portada, pero sí el momento: una calurosa e irrespirable tarde de verano de esas que no acompañan los juegos infantiles. Sentada en una vieja mecedora de madera, mi abuela oía con extrema atención un consultorio radiofónico. Ella, que no solía hablar mucho, sí sabía disfrutar de aquellas vidas que se contaban a través del transistor. Las palabras ajenas conseguían llenar su silencio con imágenes y vivencias que seguramente nunca llegaría a experimentar, pero que según ella, le permitían valorar todavía más la existencia tranquila y llevadera que llevaba. Corrí a mi cuarto, y de la estantería tomé un libro, el único. Una novela que nadie sabía como había llegado hasta casa pero que ahí estaba. Aislándome de las voces de fondo, comencé la lectura: un viaje inesperado y un castillo en el camino... Eso es lo único que consigo evocar, pero está claro que tuvo que ser algo realmente interesante y revelador, porque a partir de ahí, llegaron muchos más libros, visitas a la biblioteca y cambios con los amigos. Aquellas frases, textos, poemas, cuentos, historias, me hicieron comprender con el tiempo, la profunda simbiosis que se establece entre el silencio y el lenguaje, entre la soledad bien requerida y la literatura. Una ventana de nuevas perspectivas y horizontes vitales se abría con el libro cada vez que buscaba ese momento de exultante conjunción.

Ese diálogo mudo que se establece entre libro y lector, entre enseñanza y aprendizaje, entre literatura y placer, se basa en un profundo respeto al lenguaje, a las palabras. Y ese acto de subjetividad personal está estructurado básicamente en torno al silencio. Las grandes novelas nacieron de momentos plagados de silencio y soledad. Y se disfrutaban en situaciones similares, buscando una reflexión que nos aisle del zumbido exterior que amenaza nuestras vidas y nuestra imaginación. Es Pascal Quignard quien comenta que «un libro es un fragmento de silencio en manos del lector», el mismo autor que tras pasar una fase de autismo se decidió por la escritura porque así podría estar en el lenguaje callándose. Melancolía, nostalgia, amor, dolor o placer surgen de calladas historias que laten en el papel, y a las que nuestra voz interior de ávidos lectores da entidad real. No es de extrañar entonces que esos silencios puedan convertirse en susurros atronadores que paralicen instintos, revuelvan sentimientos o agiten rabias inesperadas.

Nunca aprecié el valor que tienen las palabras hasta que lloré con un poema. La sinrazón de un abandono inesperado acaparaba mis horas de estudio, y no conseguía centrarme en el temario de química que tenía pendiente. Suspender el examen me daba igual, los reproches no me importaban, el tiempo empleado ya estaba perdido... Un poema de José Ángel Valente me permitió liberar en silencio la tensión y el ahogo que sentía. Solo unas estrofas pueden ser tan reveladoras, con tanto peso en su tremenda evidencia, que pueden inducir a la pena o al júbilo en cuestión de segundos. La belleza se hace manifiesta a través de las palabras, así como el amor que debe ser olvidado. Aún recuerdo los versos, pero no si finalmente superé aquel puñetero examen.

*Cuando el amor es gesto del amor y queda
vacío un signo sólo.
Cuando está el leño en el hogar,
mas no la llama viva.
Cuando es el rito más que el hombre.
Cuando acaso empezamos
a repetir palabras que no pueden
conjurar lo perdido.*

El silencio es inherente a la palabra, están íntimamente ligados, de hecho, y siguiendo palabras de Octavio Paz, el misterio de la afinidad poética no solo nace del amor al lenguaje, sino también de una clara fascinación por su reverso, el silencio. Y en esa comunión poética, filosófica, surgen aquellos versos que comparten vidas y reparten sensaciones, aquellos pensamientos que dejan de ser propios para hacerse universales. Los juicios más sensatos, las decisiones más importantes, las ideas más grandes, los textos más bellos son los que surgen del silencio reflexivo. El mismo que nos permite buscar en un libro lo que no sabemos decir, las aventuras que nunca podremos vivir, o las emociones que no somos capaces de expresar. La lucidez del aislamiento y el ensimismamiento de la lectura son los que claramente nos habilitan como a la hora de poner brillo, color, voz y cara a las palabras que el escritor nos acerca, dar credibilidad a un intenso diálogo o visitar hasta el último rincón de aquel espacio inexplorado. La confusión, ese ruido exterior en el que habitualmente estamos embutidos, son los peores enemigos en el proceso que supone llegar a una óptima conexión con el escrito.

Nunca aprecié el valor que tienen las palabras, o su ausencia, hasta que en un libro de Primo Levi, enfrenté los crímenes del nazismo, el futuro de unas personas que tristemente se había tragado la noche. Fueron días de lectura largos, grises, cargados de nubarrones silenciosos que oprimían una frágil conciencia. Recuerdo la pesadumbre de pasar las páginas con culpa, como si los párrafos me hiciesen sentir cómplice de aquel disparate que amputó millones de vidas. Una salvaje locura que marcó la existencia de los que consiguieron sobrevivir, y que ahora, muchos años después, una lectura confidente también me estaba marcando a mí.

Son muchos los autores que se han valido de los silencios para presentarnos personajes o historias que confían en la imaginación del lector para darles forma. Huecos, que Susan Sontag llamaba de terrible claridad, y que representan aquella información que por innecesaria, no se llega a narrar. Estamos ante situaciones de horror explícito, de intenso dolor, o de profunda emotividad. En esos casos, el personaje pierde doblemente su posibilidad de contar lo acontecido, y la verdad que no ha podido llegar a decirse, queda en manos del que lee. Este uso literario es quizás el que exige una mayor implicación del entregado lector, que tendrá que valerse de sus propios instintos y conocimientos para conformar la geografía narrativa del texto. El acuerdo mutuo que existe entre escritor y lector, y que también surge del silencio, se ratifica entonces de manera plena, pues en el hecho literario que comparten, se hacen igualmente importantes el inconsciente de ambos, uno como creador y otro como receptor.

Nunca aprecié el valor que tienen el silencio y las palabras hasta que, por obligación del instituto, conocí al guardián entre el centeno. Llovía, y la tarde al calor del brasero de la cocina acompañaba a imaginar otros mundos, otras vidas. Holden Caulfield permitía, a través de sus confesiones sinceras y descarnadas, hacerme una idea de como era la conducta de un adolescente en una gran ciudad americana tras la guerra. Sus

cualidades, a veces tristes, y otras ridículas, me hacían poner nombre a comportamientos que hasta ese momento no era consciente yo mismo de haber tenido. Reconocía ansiedades que probablemente no me había planteado como tales.

Volviendo a la lectura como actividad solitaria, de reconocimiento y revelación, surge el tema de la motivación, las circunstancias personales que aportan empatía al texto. Sin ella, el interés del lector puede acabar limitado, y no llegar a hacer una lectura verdadera de lo que se narra. Quizás todos necesitemos identificarnos con el personaje para poder llegar a ponernos en su piel, y así disfrutar de manera más plena el hecho de leer. O también puede ocurrir que nuestra propia experiencia, para bien o para mal, se encuentre cercana a la del protagonista, y eso nos haga sentirnos parte implícita de una historia que así se hace más verídica y elocuente si cabe. Las palabras entonces se pueden hacer propias, y los incidentes apoyan ahora una reflexión que de no haber sido por el libro, quizá no hubiese tenido lugar.

Tras muchos años de inquieta lectura, surgen retazos vitales y experiencias, que en silencio, me resuelvo a volcar sobre el papel en unas cuantas palabras.

*Benito Garrido González es economista
y periodista cultural*